

Había que ser un maestro para resistirlo sin enloquecer.

—¿Te gusta así, mi amor? —susurró ella, con la voz más sensual del mundo.

En sus oídos, esa garganta cantora siempre era capaz de entonar las notas más dulces y perfectas, para placer suyo. Fueran canciones o palabras, gritos enfadado o gemidos ansiosos, la voz de su hembra era concluyente. No escuchaba a otra persona, y jamás volvería a hacerlo.

Porque él era su Beta, y además, su macho.

Los ojos de Thanatos siguieron cada movimiento de ella con gran atención, mientras la joven ejercitaba su mejor habilidad en frente de él. Qué aroma tan invitador. ¿Cómo no lanzársele encima, y comérsela? Pero no. Tenía que mantenerse enfocado, y muy firme. Su control era lo único que tenía. Eso era lo que lo diferenciaba a él de otros machos, era obediente con su hembra.

Si ella había dicho “espera”, iba a esperar.

Por siempre, si hacía falta.

Niké sonrió con picardía y se acercó para besarle la nariz.

—Siento y veo que estás muy contento con todo esto. —le hizo notar, taimada.

—No tienes ni idea de cuánto.

—Hmm...

Ella le tocó el pecho con la mano abierta, en una caricia pasajera, y siguió con lo suyo sin detenerse. Si paraba en ese momento, estaba segura de que Thanatos se iba a enojar mucho.

Él se deleitaba sólo con ver, en ocasiones.

A veces ponía manos a la obra también, pero reconocía que no era tan bueno como Niké para esas cosas, y prefería relajarse y disfrutar de la vista, de las sensaciones. ¡Cómo le gustaba eso! Ella lo sabía muy bien, y se aprovechaba de su inocencia por demás. En más de una ocasión había terminado rendido a sus pies. Parecía como si esa

jovencita tuviera la misteriosa habilidad de darlo vuelta como un calcetín, con una sola palabra, una mirada ansiosa, un beso húmedo y caliente o un roce de sus manos. Era una bruja. Una pequeña loba hechicera capaz de dejarlo incapacitado con el mínimo roce.

Por eso era mejor respetarla, obedecer.

Y ser un buen perrito.

—¿Qué pasa, cachorro mío? ¿No te puedes contener?

Otra vez, aquella sonrisa pícara en los labios de ella, se los lamió para deleite de él en un pase erótico de su lengua. Thanatos soltó un gáñido muy bajo y animal, respondiendo con entusiasmo a la provocación.

Pero no se movió.

Ella le había dicho que no se moviera, y que no intentara tocar. Apretó las manos sobre sus muslos, en un intento fútil por comportarse.

—Me estás matando, mujer. —le dijo, en un gruñido bajo.

Niké volvió a reír.

Dioses. El aroma era tan dulce que le enloquecía.

PERO TENÍA QUE ESPERAR.

Su fuerte no era la paciencia. Se habían conocido, y su amor había comenzado casi al mismo instante en que posaron los ojos sobre el otro. Menos de veinticuatro horas para su primer beso. Dos días después, estaban emparejados. Y al día siguiente, él ya la había reclamado, de la forma más íntima posible entre los de su especie. Los licántropos no siempre se conducían tan rápido, pero cuando la atracción era tan grande entre un macho y su hembra (y en el caso de ellos, entre una Alfa tan exigente y un Beta con tanto instinto posesivo y conquistador), no hubo forma de evitarlo. Ni siquiera Licaón de Acadia fue capaz de separarlos.

Ugh, pensar en su suegro fue como un baldazo de agua fría.

Thanatos volvió a concentrarse en su preciosa Niké, ansioso.

—¿Ya vas a terminar? ¿Sí? —le preguntó, gimiendo— No creo que aguante mucho más, en serio...

—Quietecito y bien portado, ¡Y lo disfrutarás más! —se rió ella, irónica.

Su tono juguetón le hizo hervir la sangre. Era inevitable. No había un segundo del día en que no pensara en Niké, y en tocarla, besarla, acariciarla... poseerla también ocupaba una gran parte de sus pensamientos, pero eso se lo reservaba para sí. Mirarla era su pasatiempo favorito. Tenía estudiadas todas sus expresiones, por más minúsculas que éstas fueran, y las que más le gustaban eran las cinco diferentes sonrisas sexys que ella era capaz de hacer para él. Como la sonrisa sarcástico-provocadora, la que estaba usando con él en ese momento.

La vio dejar lo que estaba haciendo, y acercársele de nuevo.

Pronto la tuvo sobre su regazo, y sus labios dulces besándole mientras sus brazos le rodeaban el cuello y él instintivamente llevaba sus manos hacia las caderas de su hembra. Niké le rodeó la cintura con las piernas, a horcajadas sobre el regazo de Thanatos, y la proximidad les sentó muy bien a los dos. El joven licántropo se apartó un poco, para besarle la barbilla y la comisura de los labios con deleite.

—Rico. —apreció, y lamió con delicadeza la boca de la joven, provocándola.

—¿No quieres que termine lo que empecé? —gimió ella.

—... es que ya no quiero esperar más.

—No. —replicó Niké, y con un puchero, se bajó de su regazo.

Volvió a lo que estaba haciendo. Él no pudo evitar suspirar, reaccionando al aroma feroz y devorador de la ansiedad de ella, y al mismo tiempo a la visión de sus caderas enfundadas en esos pantaloncillos cortos; unos sencillos jeans cortados casi en el nacimiento de los muslos, la prenda más sensual que jamás había visto.

Era arrebatadora.

¿Cómo esperaba que pudiera quedarse quieto?

El autocontrol. La herramienta que él, como su Beta, debía desarrollar más. Bueno, pero... más tarde.

Olfateando en el aire que ella estaba molesta, aunque seguía provocándole con el experto movimiento de sus manos, él la abrazó por detrás y besó sus cabellos. Soltó un gruñido profundo, complaciente. Niké levantó la mano, y le tocó la barbilla, el cuello y la mejilla, tranquilizándolo.

—No falta mucho, amor. Ya casi... —le prometió.

Él deslizó sus manos sobre el vientre de la joven, mientras le besaba el cuello.

—Me doy cuenta. —murmuró, en tono bajo y turbulento.

La oyó tragar saliva, y sintió el pequeño cuerpo de su hembra tensarse entre sus brazos. La tenía atrapada, sin escapatoria. Acechada. Pero ella seguía adelante, sabiendo que lo estaba poniendo al límite con lo que hacía. Se lo estaba buscando. Cuando por fin le colmara la paciencia, la pondría contra el piso y le haría hasta lo innombrable...

La respiración de Thanatos empezó a agitarse.

—... mhh, sí. —murmuró, contra la piel del cuello de ella, en una caricia muy canina.

Niké sonrió más, y continuó apretando...

El aroma dulce invadía el aire, cada vez más.

—Sí, así... —gimió él, temblando de impaciencia.

El corazón ya le latía prácticamente en las sienes, y esas mismas palpitaciones tenían réplica en la entrepierna de sus vaqueros, llevándolo cada vez más al borde de la demencia. Besó con amor la nuca de su hembra, hasta arrancarle a ella también un gemido desesperado. Estuvieron, los dos, a punto de dejarlo todo y hacer el amor ahí mismo, sobre la mesada de la cocina.

Eran un peligro juntos.

—Vamos, amor, así... —volvió a susurrar él, ahogado.

—¿Así? —le preguntó ella, jugando— ¿Todo aquí?

—... sí, justo así, Niké. —susurró él, extasiado. El cuerpo se le estremeció una vez más en un escalofrío de placer, al verla trabajar con tanta dedicación— Sólo sigue poniéndole crema ese pastel, por favor. Se ve simplemente delicioso...

Niké terminó de darle los últimos toques al bocadillo de chocolate que estaba preparando, con una sonrisa orgullosa. Era un juego muy entretenido, que sólo ellos sabían jugar. Cocinar para Thanatos era otra forma de amarlo, muy simple pero muy completa...